

De Parte Interesada

Agustín Del Rosario

PUERTAS AL CAMPO (I)

En una de sus definiciones más exactas el Arte puede ser definido como un quehacer y como una relación que mantiene el hombre con su mundo exterior. Quehacer éste y relación ésta, de un carácter afectivo para ese mismo hombre que pareciera, en su obra, ordenar y desordenar ese mundo objetivo, a su libre albedrío y a su libre disposición. Su finalidad básica sería aquella de despertar, en otros hombres, reacciones y sentimientos, partiendo de lo que ha sabido interpretar del mundo y ha podido objetivizar en su trabajo.

De esta elementalidad derivamos que la creación del hombre no es tanto, aquello de lo cual él ha pretendido dejarnos testimonio, sino aquello otro que los demás hombres encuentran en su obra por ellos mismos. Es decir aquello que, en verdad, ha quedado en ella capaz de motivar el pensamiento y la acción de quienes la observan y la estudian. Trabajo el suyo —del creador— encaminado no tanto hacia él mismo o hacia lo que él quiere sino hacia los demás y hacia lo que los demás encuentran.

Una vez que el propio creador de Arte ha puesto la palabra fin sobre el horizonte de su creación, la obra prácticamente ya no es propiedad suya sino que es y será, en adelante, de los observadores y de lo que estos hombres quieran que sea esta obra para ellos mismos. Esta posesión, claro está, no es de carácter absoluto. De lo que sí sería dueño y amo absoluto ese creador, sería de la capacidad de ordenamiento previo, del mundo exterior, en su obra. Es decir él ha establecido, en la misma medida de su talento, una manera de ser, una forma de

estar, de las cosas, de acuerdo a cómo él mismo las entiende a través de su propia sensibilidad. Eso es algo que nunca podría ser cambiado o transformado por los observadores. Más aún eso es algo que a esos mismos observadores tendría que funcionar a nivel de orientación, para entender y para aprehender, con mayor facilidad y con mayor soltura, la propia obra de creación. Esto es lo que tendríamos que señalar como el estilo del creador. Es decir su forma o su manera de transformar el mundo y de hablarnos de ese mismo mundo.

La última exposición pictórica de Rogelio Pretto Villalaz en la Sala de Exposiciones Temporales del Museo del Hombre Panameño, es una, cuya primera obra señal deberíamos de ajustar en este nivel de un estilo personal. Es la segunda muestra que le conocemos —la primera, en DEXA, Galería de Arte, en enero de este mismo año— y acá encontramos, continuada e iniciada, esa tendencia suya, para varios confirmada dentro de un sentido cósmico de las cosas, pero que nosotros mejor entendemos, enroncada dentro de la corriente de pintura "pop", semánticamente entendida como pintura popular y no de minorías. En esta segunda oportunidad Rogelio Pretto Villalaz expone obras que van de 1968 a 1977. Es decir, son prácticamente diez años de trabajo y a lo largo de sus obras —cuarenta y dos en total— es factible encontramos con ideas que se inician, se superan luego, apoyadas en una técnica que, por demás, constantemente, y quizás partiendo también de esta búsqueda, está desprovista del juego o del simple regodeo creativo.

Esta relación con una

corriente "pop" se establece en tanto que la propia imagen visual de Pretto, en sus obras, no solamente está asumida a partir de una similar presencia cotidiana, sino que por ello mismo nos representa algo ya conocido o algo que deberíamos de conocer mucho antes de enfrentarnos a la muestra. La obra nos informa de algo ya conocido y al enfrentarnos a ella lo que hacemos es ampliar ese grado de conocimiento de lo que conocemos previamente.